

ALL !N CON JORDAN EASLEY

¿Cuál es el precio de un alma?

Preguntas que Jesús hizo | Parte 6 | Marcos 8:34-38

INTRODUCCIÓN

Hace años escuché de una joven violista que recibió la oportunidad de su vida: una invitación a tocar en una de las salas de concierto más prestigiosas de Europa. Se lo había ganado: años de práctica, horas de escalas y técnica, cada detalle pulido bajo la mirada atenta de su maestro. La gran noche, tocó su última nota y la sala estalló en una ovación larga y estruendosa. Sonrió, hizo una reverencia, lo disfrutó. Pero entonces miró al balcón donde su maestro siempre se sentaba, y ahí estaba: sin ponerse de pie, sin aplaudir, solo sentado, quieto e inmutable. En ese instante su sonrisa se desvaneció y las lágrimas llenaron sus ojos, porque de repente todos los aplausos del mundo no importaban: la única persona cuya aprobación más significaba no estaba impresionada. Un día, cada uno de nosotros se presentará ante el único cuya opinión de verdad importa. El mundo puede aclamarte y aplaudir tu éxito, pero si Jesús —nuestro Maestro, nuestro Señor— no está complacido, el aplauso de la tierra no significará nada.

A lo largo de esta serie, las preguntas de Jesús han cortado directo al corazón, porque Él no pregunta para obtener información: pregunta para exponer lo que hay dentro de nosotros. Hoy llegamos quizás a la pregunta más sobria de todas. En Marcos 8:36 Jesús pregunta: «Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?». No es solo una pregunta sobre dinero o moralidad; es una pregunta sobre valor: lo que atesoramos, lo que perseguimos y lo que estamos dispuestos a cambiar. El contexto importa: Jesús la hizo cerca de Cesarea de Filipo, una ciudad edificada para honrar al César y llena de templos e ídolos paganos. En aquel lugar de falsa adoración preguntó: «¿Quién decís que soy yo?», y Pedro respondió correctamente: «Tú eres el Cristo» (v. 29). Pero cuando Jesús dijo que debía sufrir y morir, Pedro lo llevó aparte para reprenderlo, y Jesús dijo: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (v.

33). Pedro quería una corona sin una cruz. Y justo ahí Jesús reunió a la multitud y enseñó lo que de verdad cuesta seguirlo.

PUNTOS CLAVE

1. Jesús expone lo que más valoramos

Jesús no apartó a los doce para una charla privada; «llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Marcos 8:34). Fue una invitación abierta y un desafío muy público, sobre tres mandatos sencillos pero costosos: niégate a ti mismo, toma tu cruz, sígueme. En los días de Jesús la cruz no era joyería ni adorno de pared: era el instrumento de muerte más temido del mundo romano. Las rebeliones eran comunes, y la respuesta de Roma a los rebeldes era la crucifixión; las cruces se levantaban junto a los caminos como advertencia, algunas dejadas por décadas para declarar: «Esto le pasa a cualquiera que resista a Roma». Así que cuando Jesús dijo «toma tu cruz», nadie pensó que hablaba en poesía. Sabían que quería decir: «Seguirme significa muerte a tu vida antigua, muerte a tu propia agenda, muerte al yo». No los llamaba a una fe cómoda; los llamaba a la entrega total, y eso es justamente lo que revela lo que en verdad valoramos.

Entonces Jesús dijo: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (v. 35). La palabra para «vida» es el griego *psyche*: tu alma, tu identidad, el mismísimo centro de quién eres. Aférrate al control y perderás lo que más importa; entrega tu vida a Él y por fin la encontrarás. Aquí la pregunta empieza a exponernos, porque aquello que te niegas a entregar revela lo que en verdad adoras. Cuando Jesús pide tu tiempo, expone cómo lo gastas; cuando pide tu confianza, expone dónde está tu seguridad; cuando pide tu obediencia, expone quién manda de verdad. Aquello que te niegas a entregarle a Jesús es justo lo que te posee. Para Pedro fue el poder, para el joven rico fueron las posesiones, para los fariseos fue el orgullo; ¿y para ti? ¿Comodidad, aprobación, éxito, reputación, una relación, una imagen, un pecado secreto, un sueño que no sueltas? Lo más amoroso que Jesús puede hacer es exponer las cosas a las que nos aferramos, que no pueden salvarnos, no pueden satisfacernos y no van a durar.

2. Jesús nos recuerda lo que de verdad importa

«Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (vv. 36-37). Jesús nos pide imaginar el intercambio supremo: ganas todo lo que el mundo ofrece y pierdes lo único que jamás podrás reemplazar. Imagínalo: los ascensos, la plataforma, los aplausos, el dinero, la fama, la vida soñada con la familia y los ingresos y los contactos, la agenda llena, la casa llena, la cuenta bancaria llena, y al final de todo, pierdes tu alma. Si esa es la historia de tu vida, ¿qué has ganado en realidad? Luego viene la segunda pregunta, y la palabra «recompensa» significa cambiar por algo de igual valor. Esto es lo que Jesús quiere que oigas: no hay nada de igual valor. Nada se compara con el valor de tu alma.

Fuiste creado a imagen de Dios y diseñado para la eternidad, por eso nada en este mundo puede satisfacerte del todo: nada en este mundo fue hecho para eso. Algunos sabemos bien lo que es perseguir «más»: más dinero, más aprobación, más comodidad, más «me gusta», más control, y cuanto más perseguimos, menos satisfechos quedamos, porque el alma nunca fue hecha para llenarse de éxito; fue hecha para llenarse del Salvador. Las posesiones se desvanecen, las posiciones terminan, el aplauso muere, la salud cambia, las carreras se mueven, las relaciones cambian, pero tu alma es para siempre, y lo que hagas con Jesús determina su destino. Hay una historia de un coleccionista de arte que cambió un Rembrandt original por una falsificación que le parecía «más bonita» —líneas más suaves, colores más vivos, un marco impresionante—, pero el valor se había ido, porque no era real. Eso pasa cuando cambiamos lo eterno por lo temporal: se ve bien por un tiempo, hasta que sale la verdad. Jesús pregunta: «¿Por qué cambiar lo que dura para siempre por lo que no dura nada?».

3. Jesús nos invita a entregarlo todo

«Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles» (v. 38). Aquí Jesús pasa de la decisión presente a la consecuencia eterna: seguirlo no es solo por esta vida, es por la próxima. Avergonzarse es encogerse, quedarse callado y esconder tu fe cuando el silencio es más fácil que mantenerte firme, y si somos sinceros, todos sentimos ese tirón. Un padre le preguntó a su hijo adolescente

por qué se quedó callado durante la tradición familiar de Acción de Gracias de compartir aquello por lo que están agradecidos a Dios, y el muchacho dijo: «No quería incomodar a los vecinos que no creen». El papá respondió sabiamente: «Hijo, no es incómodo estar agradecido; es incómodo quedarse callado cuando Dios ha sido tan bueno». A veces dejamos que la comodidad social pese más que la convicción espiritual, pero la gratitud está hecha para expresarse, no para esconderse.

Jesús no busca creyentes a medio tiempo ni discípulos a medias; nos invita —y espera— a entregarlo todo, a decir: «Señor, puedes tener todo: mis planes, mi orgullo, mis prioridades, todo». Entregarse no significa perder tu vida; significa encontrarla. No lleva al vacío, lleva a la plenitud. Puedes perder la aprobación de unos cuantos, pero ganarás la presencia de Dios; puedes alejarte de una ganancia temporal, pero caminarás hacia una gloria eterna, y eso solo ocurre cuando vas «all in» con Jesús. Una mujer me dijo que la Acción de Gracias cambió después de que murió su padre: «La comida sabe igual y la casa huele igual, pero esa silla al final de la mesa está vacía. Me hizo darme cuenta de que la vida es demasiado corta para perseguir cosas que no importarán cuando todas las sillas estén vacías». No pases tu vida llenando tu mesa y olvidando al que te dio la mesa en primer lugar. Entonces, ¿qué te pide Jesús que dejes, qué paso de entrega te llama a dar, y dónde te invita a mantenerte sin vergüenza? Porque cuando vives entregado, la gratitud se vuelve tu testimonio, la obediencia se vuelve tu adoración, y tu vida se vuelve una declaración de que Jesús —no el mundo— es tu tesoro.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. «Aquello que te niegas a entregarle a Jesús es lo que te posee». ¿Qué es lo que más te cuesta soltar —comodidad, aprobación, éxito, una relación, una imagen, un pecado secreto— y qué revela eso sobre lo que en verdad valoras?
2. Jesús dice que el alma vale más que el mundo entero, y aun así nos tienta cambiar lo eterno por lo temporal. ¿Dónde has estado persiguiendo «más» y hallando menos satisfacción, y cómo cambiaría esa búsqueda si buscaras al Salvador?

3. Avergonzarse de Jesús es encogerse y callar. ¿Dónde te invita Jesús a mantenerte sin vergüenza esta semana, y cómo se vería dejar que tu gratitud y tu entrega se noten?
